

El Ártico: competencia intensa y futuro incierto

Capitán de navío Francisco Javier López Fuster

División de Coordinación y Estudios de Seguridad (SEGENPOL)

Las rivalidades geopolíticas entre las grandes potencias se intensifican en un entorno internacional cada vez más competitivo. En este contexto, el control de los espacios marítimos y de los puntos de paso estratégicos adquiere una relevancia creciente. El Ártico es un caso singular dentro de esta dinámica, que combina rivalidad estratégica y transformación geoeconómica. Durante siglos fue considerado un espacio periférico y hostil; hoy, el deshielo acelerado, la revalorización de recursos y el aumento de la actividad militar lo han convertido en una región de alto interés estratégico.

En cuanto a los recursos naturales, se estima que el Ártico alberga una parte significativa de las reservas mundiales de petróleo, concentradas principalmente en territorio ruso, especialmente en las cuencas de Timan-Pechora, Yenisey-Khatanga y el mar de Barents. También existen yacimientos importantes en Alaska, en el sector noruego del mar de Barents, en el archipiélago ártico canadiense y en las costas próximas a Groenlandia.

Algo similar ocurre con el gas natural. Los mayores recursos se localizan igualmente en Rusia, en particular en el mar de Kara y en la zona septentrional del mar de Barents, que concentra alrededor del 39 por 100 del potencial gasífero ártico. A estos se suman yacimientos relevantes en Noruega, Alaska y Canadá. En cuanto a los recursos minerales, su presencia se concentra principalmente en Rusia, aunque también existen depósitos de menor entidad en Suecia, Finlandia, Canadá y Estados Unidos.

Este océano helado, tradicionalmente conocido como el «frigorífico del mundo», está experimentando una profunda transformación

climática. La región se calienta cuatro veces más rápido que la media global, un ritmo que está alterando sus ecosistemas, su geografía y su papel como regulador térmico del planeta. Al mismo tiempo, el deshielo abre nuevas rutas marítimas con el potencial de transformar el comercio mundial. Se estima que algunas zonas del Ártico podrían quedar prácticamente libres de hielo antes de 2050.

RUTAS Y RECURSOS

A día de hoy existen dos rutas navegables, principalmente durante el periodo estival. Bordeando el continente euroasiático se encuentra la Ruta Marítima del Norte (NSR, por sus siglas en inglés), que discurre a lo largo de la costa rusa. Con una extensión aproximada de 5.600 kilómetros, esta ruta puede reducir los tránsitos entre Europa y Asia entre siete y diez días respecto a la vía tradicional a través del Canal de Suez. En el lado opuesto, bordeando el continente americano, se encuentra el Paso del Noroeste, que atraviesa el archipiélago ártico canadiense. Históricamente bloqueado por el hielo durante gran parte del año, el progresivo deshielo estival ha incrementado su viabilidad para la navegación comercial, aunque sigue siendo navegable solo durante unas pocas semanas al año sin asistencia de rompehielos auxiliares.

El deshielo acelerado, la revalorización de recursos y la actividad militar han convertido al Ártico en una región estratégica



Henr. K. S. Andersen/Forsvaret

Se debe ser prudente respecto al uso de las rutas árticas, ya que, aunque su accesibilidad está aumentando, siguen teniendo importantes limitaciones: navegación estacional, altos costes operativos y escasa infraestructura. Por ello, aunque el tráfico marítimo crecerá con el deshielo, no se prevé a corto plazo una explotación masiva de recursos ni una competencia significativa con las rutas comerciales tradicionales. La creciente importancia estratégica del Ártico ha aumentado la competencia entre estados y disminuido la cooperación internacional en la región. A continuación, se analizan brevemente los principales actores implicados, sus intereses y el papel que desempeñan en la dinámica geopolítica del área.

GOBERNANZA EN CRISIS

El Consejo Ártico es la principal plataforma de cooperación internacional. Es un foro intergubernamental cuyo objetivo principal es promover la cooperación entre los ocho estados con territorio en el Ártico: Canadá, Dinamarca, EEUU, Finlandia, Islandia, Noruega, Suecia y Rusia. A este núcleo estatal se suman seis organizaciones que representan a los pueblos indígenas árticos, que participan como *Permanent Participants*, garantizando que las políticas y proyectos del Consejo incorporen las perspectivas y necesidades de las comunidades locales.

El trabajo del Consejo Ártico se centra exclusivamente en cuestiones no militares, con especial atención a la protección del medio ambiente, la investigación científica, el cambio climático, el desarrollo sostenible, la gestión de emergencias y la conservación de los ecosistemas y la biodiversidad. Tras la invasión rusa de Ucrania en 2022, siete de los ocho Estados miembros —conocidos como los *Arctic seven*— suspendieron su cooperación formal con Rusia, lo que paralizó

aproximadamente un tercio de los 130 proyectos activos del Consejo. Aunque la organización no ha colapsado, su capacidad para actuar como principal plataforma de cooperación regional se ha visto seriamente limitada. Esta ruptura ha propiciado la aparición de estructuras paralelas que fragmentan aún más la relación entre los actores en la región, intensificando la cooperación entre Rusia y países del grupo BRICS+, lo que sugiere que Moscú podría estar explorando vías alternativas para impulsar el desarrollo y la explotación comercial de su zona ártica al margen del Consejo Ártico.

MILITARIZACIÓN Y COMPETENCIA ESTRATÉGICA

Desde el punto de vista militar, la región ha adquirido una importancia estratégica creciente para la OTAN. El incremento de la actividad militar rusa, especialmente en el corredor GIUK (Groenlandia–Islandia–Reino Unido), junto con la creciente presencia de medios chinos, han convertido el Ártico en un espacio clave para la vigilancia, la disuasión y la coordinación aliada. Este corredor es, además, un punto estratégico para el seguimiento de los submarinos de la Flota del Norte rusa con destino al Atlántico. Para hacer frente a esta amenaza, la OTAN puso en marcha la iniciativa *Arctic Sentry*, una actividad multidominio liderada por el Mando Conjunto de Norfolk con el objetivo de reforzar la vigilancia aliada y mejorar las capacidades operativas en entornos polares, donde sirve de nexo para ejercicios como *Cold Response*, *Trident Juncture*, *Dynamic Mongoose* o *Steadfast Defender*.

Otros pilares de esta presencia son las agrupaciones navales permanentes de la OTAN (*Standing NATO Maritime Group 1*, SNMG1), la misión de *NATO Air Policing*, o los aviones de alerta temprana AWACS



Vanessa Andúrea Vagstor/MDN

(E-3A) que realizan misiones de supervisión desde bases aliadas para monitorizar movimientos aéreos y marítimos en el Atlántico Norte.

Como se desprende de la actividad de la Alianza, el Ártico se ha convertido en un eje central para la estabilidad euroatlántica. Su interés en la región no responde a operaciones puntuales, sino a una presencia permanente orientada a la vigilancia, la disuasión y la protección de las líneas de comunicación transatlánticas.

La Unión Europea reconoce que el Ártico se ha convertido en un espacio estratégico en el que confluyen los intereses de las grandes potencias. Para ello ha desarrollado una estrategia propia —recogida en la Comunicación Conjunta «Una política ártica integrada de la Unión Europea», publicada en 2021 por la Comisión Europea y el Alto Representante para Asuntos Exteriores— en la que establece sus prioridades en torno a tres ejes: la lucha contra el cambio climático, el desarrollo sostenible y la cooperación internacional en la región.

Aunque la Unión Europea aún no ha sido reconocida como observador pleno en el Consejo Ártico, aspira en un futuro a desempeñar un papel relevante en la región mediante la promoción de políticas sostenibles basadas en la gobernanza multilateral y la diplomacia. No obstante, en el ámbito de la seguridad y la defensa, su capacidad de actuación es más limitada, al no disponer de fuerzas militares propias, lo que reduce su influencia directa en la dimensión estratégica del Ártico.

Estados Unidos considera el Ártico parte integrante de la seguridad del «hemisferio occidental», tal como recoge su Estrategia de Defensa (NDS, por las siglas en inglés). La región constituye además un corredor estratégico hacia Europa, esencial para proteger las líneas de comunicación marítima entre Norteamérica y el continente europeo. Desde esta perspectiva, el Ártico es vital tanto para la defensa del territorio estadounidense como para el cumplimiento de sus compromisos de defensa colectiva con sus aliados.

La estrategia estadounidense en la región se basa en un enfoque de «vigilancia y respuesta». El objetivo es obtener «alertas tempranas» y mantener la capacidad de desplegar fuerzas conjuntas cuándo y dónde sea necesario. Iniciativas como el denominado *Golden Dome* —concebido como un sistema integrado de defensa antimisiles terrestre y espacial— subrayan la relevancia de Groenlandia como plataforma para el despliegue de radares, sensores e interceptores avanzados.

Desde el punto de vista político, uno de los factores de mayor peso en el interés estadounidense por la isla podría ser el temor a que una eventual independencia de Groenlandia la aproxime a la esfera de influencia china —con Rusia como posible socio—. Este temor explicaría la postura cada vez más dura que la administración Trump ha adoptado respecto a la isla, una actitud que no ha estado exenta de controversia y que ha generado preocupación entre algunos aliados europeos.

Al otro lado del «hemisferio occidental», Rusia posee la mayor extensión de costa ártica y considera esta región un pilar estratégico fundamental, tanto para su seguridad nacional como para su economía. No en vano, la denominada Zona Ártica de la Federación Rusa (AZRF) abarca aproximadamente cinco millones de kilómetros cuadrados.

Esta relevancia se explica por tres razones principales: primera, Rusia es el estado ártico con mayor proporción de población, litoral y territorio en la región; segunda, su economía depende en gran medida de los recursos energéticos árticos, que concentran el 90 por 100 de su producción de gas y el 60 por 100 de su producción de petróleo; y tercera, el Ártico y el subártico desempeñan una función militar clave como bastión estratégico para la disuasión y la defensa.

La explotación de recursos en entornos polares es extraordinariamente costosa y requiere tecnologías avanzadas que Moscú no puede desarrollar plenamente por sí solo. Como consecuencia de la guerra de Ucrania, las sanciones occidentales han limitado su acceso a avances tecnológicos, financiación y conocimiento especializado, lo que le ha obligado a buscar socios alternativos. En este contexto, Rusia ha recurrido a países como China, India y diversas economías emergentes de América Latina y África para atraer inversión y apoyo tecnológico destinados al desarrollo de nuevas rutas marítimas y a la explotación de minerales críticos. En respuesta a las sanciones occidentales, Rusia ha reforzado su control sobre la Ruta Marítima del Norte y limitado el paso de buques militares extranjeros. Esto podría generar tensiones con Estados Unidos o la OTAN en defensa

de la libertad de navegación, aumentando el riesgo de incidentes, especialmente ante la creciente presencia militar en el Ártico. En el plano militar, cabe reseñar, que allí operan submarinos balísticos que constituyen un componente esencial de su tríada nuclear. Por ello, la militarización del Ártico no responde únicamente a la protección de recursos o rutas marítimas, sino también a la necesidad de asegurar la supervivencia y credibilidad de su capacidad de disuasión frente a la Alianza Atlántica.

Por otra parte, para China el Ártico se ha convertido en una región de creciente relevancia estratégica durante la última década. Pekín se autodefine como un «Estado cercano al Ártico», categoría política que utiliza para justificar su interés en una zona donde no posee territorio, pero sí ambiciones económicas, científicas y geopolíticas.

El interés de la OTAN en la región responde a una presencia permanente orientada a la vigilancia y la disuasión

Uno de los principales atractivos es su potencial como corredor comercial, lo que explica el impulso chino a la denominada «Ruta de la Seda Polar». Para una economía profundamente integrada en el comercio marítimo global, disponer de rutas más cortas y menos vulnerables a tensiones en el estrecho de Malaca o el canal de Suez representa una ventaja estratégica de primer orden. Aunque, por el momento, la navegabilidad es estacional y dependiente del deshielo, China busca participar activamente en la explotación y control de las nuevas rutas comerciales y redes de transporte que pudieran surgir en el futuro. En el ámbito económico, también despiertan su interés la potencial explotación de sus recursos naturales, y Pekín considera que la región es clave para acceder a minerales críticos

esenciales para su industria tecnológica y su transición energética.

Aunque el gigante asiático insiste en que su presencia en el Ártico es pacífica y centrada en la cooperación científica, su comportamiento revela ambiciones más amplias. La inversión en infraestructuras bajo el paraguas de la «Ruta de la Seda Polar», el despliegue de buques de investigación con tecnología de doble uso y la presencia de submarinos en la zona, indican que Pekín busca una mayor influencia geopolítica en la región. Aunque no mantiene una presencia militar permanente, su estrategia apunta a asegurar un papel relevante en un Ártico cada vez más accesible y disputado.

FOCOS DE INESTABILIDAD

El análisis anterior revela que el aumento de la tensión en el Ártico resulta de factores económicos y geopolíticos, no de una sola causa. Con el fin de profundizar en esta cuestión, se examinan a continuación cuatro focos principales de inestabilidad: las disputas territoriales,

ANÁLISIS

la cuestión de Groenlandia, los desafíos asociados a la explotación de recursos y el progresivo deterioro de la cooperación circumpolar.

Las principales disputas territoriales en el Ártico se enmarcan en la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (UNCLOS), que permite a los Estados ampliar sus derechos de explotación más allá de las 200 millas náuticas si demuestran la continuidad geológica de su plataforma continental. El progresivo deshielo ha convertido la región en una nueva frontera económica y estratégica, revalorizando las zonas económicas exclusivas (ZEE) y las reclamaciones sobre la plataforma continental, lo que ha dado lugar a varios contenciosos de relevancia.

Entre los casos más destacados se encuentra el mar de Beaufort, donde Estados Unidos y Canadá mantienen una disputa delimitadora que, aunque no resuelta formalmente, se gestiona de manera cooperativa. Más compleja es la controversia sobre la dorsal de Lomonósov, reclamada por Rusia, Canadá y Dinamarca, debido a su potencial para extender la plataforma continental bajo el Polo Norte y acceder a recursos de hidrocarburos. También destaca la disputa en el mar de Lincoln entre Canadá y Dinamarca/Groenlandia, relacionada con la delimitación marítima y la extensión de la plataforma continental al norte de la isla de Ellesmere y Groenlandia.

A estas tensiones se suma el debate en torno al Tratado de Svalbard (1920), que reconoce la soberanía de Noruega sobre el archipiélago, pero garantiza igualdad de acceso a los recursos para los Estados signatarios. Las posibles reinterpretaciones del tratado —en relación con la explotación de recursos, la militarización del archipiélago o el control de sus aguas adyacentes— añaden un elemento adicional de fricción.

Como se ha apuntado anteriormente, el interés de Estados Unidos en Groenlandia se enmarca en las doctrinas de seguridad nacional (NSS) y defensa nacional (NDS), que consideran Groenlandia esencial para la protección del hemisferio occidental.

La isla tiene un gran valor estratégico. Por un lado, ofrece ventajas militares frente a la expansión de Rusia y al creciente interés de China en el Ártico. Además, se estima que posee recursos naturales importantes, como minerales estratégicos y posibles reservas energéticas. Estos minerales son fundamentales tanto para la industria militar como para la transición energética y permitiría a Estados Unidos reducir su dependencia de China, que actualmente domina la producción mundial de varios de estos recursos.

Aunque probablemente el factor de más peso para su interés sea la cuestión de política interna. Groenlandia, región autónoma del Reino de Dinamarca con un amplio autogobierno desde 2009, está experimentando una creciente presión interna hacia la independencia total —respaldada por cerca del 80 por 100 de su población—, aunque la falta de consenso político sobre cómo y cuándo ha frenado ese proceso. Para Estados Unidos, el verdadero interés en la isla es estratégico más que económico: aunque sus recursos minerales tienen potencial,



las dificultades logísticas, el clima extremo y la escasez de infraestructura limitan su explotación a gran escala. En este sentido, lo que más podría preocupar a Washington es evitar que, ante una eventual independencia, Groenlandia caiga bajo la influencia de competidores estratégicos como Rusia o China, que alteraría el equilibrio geopolítico y comprometería los intereses estadounidenses en la región circumpolar.

La explotación de recursos en el Ártico enfrenta enormes dificultades que van mucho más allá de su aparente abundancia. Aunque la región suele imaginarse como un territorio rico y estratégico, la mayoría de los datos disponibles provienen de estimaciones realizadas a partir de sondeos a pequeña escala. A esta realidad se suma un clima adverso y una infraestructura de comunicaciones limitada. Estas condiciones no solo dificultan la vida diaria en los asentamientos permanentes, sino que también disparan los costes y los problemas logísticos asociados a la explotación de recursos.

El norte polar, en general, carece de la infraestructura básica necesaria para sustentar cualquier proyecto de desarrollo económico a gran escala. No cuenta con carreteras ni vías férreas, por lo que el transporte depende exclusivamente del barco o el avión. Tampoco existe producción agrícola ni industrial, lo que obliga a importar alimentos y materiales de construcción, y la escasa población limita severamente la mano de obra disponible. Todo ello provoca



© Mark Garten/ONU

que cualquier iniciativa económica, especialmente la explotación de recursos implique costes extremadamente elevados y difíciles de calcular. Como ejemplo, el sector petrolero estima que extraer petróleo costaría unos 80 dólares el barril, unas diez veces más que en Arabia Saudí y entre dos o tres más que en Texas.

Por último, cabe destacar el problema de la gobernanza ártica. La región carece de un marco institucional sólido capaz de gestionar las crecientes tensiones geopolíticas, agravadas desde el inicio de la guerra de Ucrania en 2022. El Consejo Ártico, organismo creado específicamente para esta región, limita su función al diálogo y la cooperación entre sus miembros, sin competencias para resolver disputas de soberanía ni cuestiones de seguridad, y a lo largo de su historia apenas ha impulsado dos tratados jurídicamente vinculantes. Desde 2022, su actividad ha quedado prácticamente paralizada, con una interacción mínima entre varios de sus miembros, lo que ha debilitado aún más los mecanismos de coordinación y estabilidad en la zona. Ante este vacío de gobernanza, el futuro del Ártico es incierto y puede evolucionar por caminos muy distintos.

La explotación de recursos se enfrenta a enormes dificultades que van más allá de su abundancia

ESCENARIOS DE FUTURO

El Ártico ha dejado de ser una región periférica y se ha convertido en uno de los espacios geopolíticos más disputados del mundo. El acelerado deshielo está reconfigurando el mapa estratégico global al abrir nuevas rutas comerciales, revalorizar recursos naturales hasta ahora inaccesibles y multiplicar los puntos de fricción entre las grandes potencias.

A pesar de ello, conviene recordar que el valor estratégico del Ártico supera con creces su potencial económico inmediato. Las estimaciones de reservas de recursos naturales son atractivas, pero su explotación rentable sigue siendo una apuesta condicionada por desafíos tanto logísticos, como climáticos y de infraestructura. Lo mismo ocurre con las rutas marítimas árticas, cuya navegabilidad sigue siendo estacional y cuya competitividad frente a los grandes corredores tradicionales es todavía limitada. La narrativa del Ártico como nuevo *El Dorado* debe, por tanto, entenderse con reservas.

Por otro lado, la rivalidad entre potencias se ha instalado en la región con carácter estructural. Rusia, que posee la mayor presencia territorial y económica en el Ártico, lo concibe como un bastión estratégico irrenunciable. Estados Unidos, por su parte, ha intensificado su interés en la región — con Groenlandia como epicentro — menos por sus recursos que por la necesidad de contener la influencia de Moscú y de Pekín. China, sin territorio ártico propio, ha desplegado una estrategia de presencia progresiva que combina inversión económica, investigación científica y ambición geopolítica difícilmente dissociables entre sí.

Otra característica que define la región es la falta de gobernanza. El Consejo Ártico, único foro multilateral específico de la zona, ha quedado gravemente debilitado tras la ruptura provocada por la guerra de Ucrania, sin que exista un mecanismo alternativo capaz de sustituirlo. Este vacío de gobernanza es, quizás, el riesgo más subestimado del panorama ártico.

A partir del análisis previo, pueden imaginarse tres posibles escenarios para el futuro del Ártico: uno, poco probable a corto plazo, de cooperación, con competencia moderada y resolución diplomática de disputas, donde los Estados seguirían defendiendo sus intereses, pero mantendrían los mecanismos de gobernanza y resolverían sus diferencias por vías diplomáticas y jurídicas; otro, considerado el más plausible, de cooperación limitada y creciente rivalidad y militarización entre potencias como Estados Unidos, Rusia y China, elevando el riesgo de incidentes; y un tercero de conflicto abierto, con ruptura del equilibrio regional, debilitamiento del derecho internacional y mayor competencia por recursos y rutas marítimas.